

Petrarca – carta a Dionisio da Burgo San Sepolcro acerca da escalada do Monte Ventoso 1353-1336
– Espanhol Traducción de María Morrá

A DIONISIO DA BURGO SAN SEPOLCRO, DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN Y PROFESOR DE SAGRADAS ESCRITURAS, ACERCA DE CIERTAS PREOCUPACIONES PROPIAS (FAM. IV, 1)

Impulsado únicamente por el deseo de contemplar un lugar célebre por su altitud, hoy he escalado el monte más alto de esta región, que no sin motivo llaman Ventoso. Hace muchos años que estaba en mi ánimo emprender esta ascensión; de hecho, por ese destino que gobierna la vida de los hombres, he vivido – como ya sabes – en este lugar desde mi infancia y ese monte, visible desde cualquier sitio, ha estado casi siempre ante mis ojos. El impulso de hacer finalmente lo que cada día me proponía se apoderó de mí, sobre todo, después de releer, hace unos días, la historia romana de Tito Livio, cuando por casualidad di con aquel pasaje en el que Filippo, rey de Macedonia, – aquel que hizo la guerra contra Roma –, asciende al Hemo, una montaña de Tesalia desde cuya cima pensaba que podrían verse, según era fama, dos mares, el Adriático y el Mar Negro. No tengo certeza de si ello es cierto o falso, ya que el monte está lejos de nuestra ciudad y la discordancia entre los autores hace poner en duda el dato. Por citar sólo a algunos, el cosmógrafo Pomponio Mela refiere el hecho tal cual, dándolo por cierto; Tito Livio opina que es falso; en cuanto a mí, si pudiera tener experiencia directa de aquel monte con tan tanta facilidad como la he tenido de éste, despejaría rápidamente la duda. Pero dejando de lado aquel monte, volveré al nuestro.

Me pareció que podía excusarse en un joven ciudadano particular lo que era apropiado para un rey anciano. Sin embargo, al pensar en un compañero de viaje, ninguno de mis amigos – por increíble que sea decirlo – me parecía adecuado en todos los aspectos, hasta tal punto es rara, incluso entre personas que se estiman, la perfecta sintonía de voluntades y carácter. Uno resultaba demasiado tardo, otro demasiado precavido; éste demasiado cauto, aquel impulsivo en exceso; éste demasiado lóbrego, aquel demasiado jovial; en fin, uno era más torpe y otro más prudente de lo que hubiera querido. Me espantaba el silencio de éste, de aquél su impúdica locuacidad; el peso y el tamaño de uno, la delgadez y debilidad del otro. Me echaba para atrás, de éste, la fría indiferencia: de aquél, la frenética actividad. Defectos que, aunque graves, pueden tolerarse en casa –pues todo lo soporta el afecto y la amistad ninguna carga rechaza–, mas estas mismas faltas en un viaje se hacen insuportables. Así, mi exigente espíritu, que deseaba disfrutar de un honesto deleite, sopesaba desde todos los ángulos cada una de ellas sin detrimento de la amistad, rechazando en silencio cualquier cosa que previera que iba a suponer una molestia para el viaje que me proponía. ¿Qué opinas? Finalmente busqué ayuda en casa, y revelé mi intención a mi único hermano, menor que yo y al que tú conoces bien. Nadie pudo haberlo escuchado con mayor alegría, feliz de ser para mí al mismo

tiempo un amigo y un hermano.

El día establecido partimos de casa, llegando al atardecer a Malaucène, un lugar en la falda de la montaña, en la ladera septentrional. Allí nos demoramos un día y, finalmente, al día siguiente, acompañado cada uno de sus criados, ascendimos la montaña no sin mucha dificultad, pues se trata de una mole empinada, rocosa y casi inaccesible. Pero como dijo el poeta: “el trabajo ímprobo todo lo vence”. Lo prolongado del día, la suavidad del aire, la fortaleza de nuestra determinación, el vigor y la agilidad corporales y el resto de las circunstancias favorecían a los caminantes; sólo la naturaleza del lugar suponía un obstáculo. En una loma de la montaña nos topamos con un anciano pastor que trató de disuadirnos por todos los medios y con abundantes razones de que continuáramos el ascenso, relatándonos como cincuenta años antes, empujado del mismo ardor juvenil, había ascendido hasta la cumbre, sin que ello le reportara sino arrepentimiento y fatiga, el cuerpo y las ropas desgarrados por las rocas y los matorrales; tampoco sabía de nadie que antes o después de aquella vez hubiera osado hacer otro tanto. Mientras nos contaba estas cosas a voz en cuello, en nosotros – como ocurre en los jóvenes, que no creen en quienes les aconsejan – crecía el deseo, como resultado de la prohibición. Entonces el anciano, advirtiéndome que ninguno le atendía, avanzó un corto trayecto entre las rocas y nos señaló con el dedo un estrecho y escarpado sendero sin dejar de darnos numerosos consejos, que todavía repetía cuando ya la habíamos dado la espalda y nos alejábamos. Abandonados con él las escasas ropas y objetos que podrían suponer un impedimento en nuestra marcha, nos dispusimos a acometer solos la escalada, ascendiendo con paso vivo. Pero como suele suceder, al esfuerzo inicial le siguió velozmente la fatiga, por lo que nos paramos en un risco, no muy lejos de allí. Desde este punto retomamos el camino y seguimos avanzando, pero más lentamente; yo, en particular, marchaba con un paso más mesurado por un sendero del monte. Mientras mi hermano se dirigía hacia las alturas por cierto atajo que atravesaba la cima misma de la montaña, yo, más flojo, descendía por el flanco más bajo y cuando me llamaba, indicándome el camino más recto, le respondía que esperaba que el acceso a la otra ladera fuera más fácil y que no me asustaba que la senda fuera más larga si permitía proseguir más llanamente. Pretendía así excusar mi pereza, pues cuando los demás ya habían alcanzado la cumbre, yo erraba por los valles sin que se abriera ante mi una vía de acceso más fácil; por el contrario, el camino se alargaba y el esfuerzo inútil se hacía más pesado. Mientras tanto, agotado ya de cansancio e inquieto por las confusas revueltas del camino, decidí intentar atacar directamente la cumbre. Cuando exhausto e impaciente me reuní con mi industrioso hermano, el cual se había restablecido tumbándose un largo rato, ascendimos juntos durante un trecho. Apenas habíamos dejado aquella colina, y he aquí que habiendo olvidado el tortuoso recorrido anterior, me precipité de nuevo sendero abajo, vagando otra vez por el valle en busca de caminos largos y fáciles, aunque acabé dando con un camino largo y difícil. Posponía, claro está, el esfuerzo de la ascensión, pero la naturaleza no se doblega al ingenio humano, ni es posible que alguien corpóreo alcance las alturas

descendiendo ¿Para qué decir más? No sin risas de mi hermano y enojo mío, eso me sucedió tres veces más en el transcurso de unas pocas horas. Engañado así varias veces, me senté en uno de los valles. Allí, pasando en un vuelo mental de las cosas corpóreas a las incorpóreas, me decía a mí mismo éstas o similares palabras: “Has de saber que lo que has experimentado hoy en varias ocasiones en el ascenso de este monte es lo que te sucede a ti y a muchos cuando os acercáis a la vida beata; pero no es tan fácil que los hombres se perciban de ello, pues los movimientos del cuerpo son visibles, mas los del espíritu permanecen invisibles y ocultos. En verdad, la vida que llamamos beata está situada en un lugar excelso y, como dicen, es angosta la vida la vía que conduce hasta ella. Asimismo, se interponen muchas colinas y es necesario avanzar de virtud en virtud, por preclaros peldaños. En la cima se halla el final de todo y el término del camino al que nuestra peregrinación se orienta. Allí desean llegar todos, pero como dice Nasón: “Querer es poca cosa; necesario es desear ardientemente algo para conseguirlo”. Tu, ciertamente, – a menos que también te engañes en esto, como en muchas otras cosas –, no solamente lo quieres, sino que también lo ansías. Entonces ¿qué te retiene? Nada, evidentemente, excepto la senda que atraviesa los bajos deseos terrenales y que a primera vista parece más llana y libre de obstáculos. Sin embargo, cuando hayas vagado durante largo tiempo, habrás de ascender hacia la cima de la vida beata bajo el peso de un esfuerzo pospuesto de manera inoportuna o te deslizarás indolente en el valle de tus pecados. Y si allí te hallaran –me horrorizo de tal presentimiento– las tinieblas y las sombras de la muerte, sufrirías la noche eterna en perpetuos tormentos”. No sabría explicar cuánto ánimo y vigor me infundió este pensamiento para afrontar lo que me restaba de camino. ¡Y ojalá que pueda completar con el espíritu aquel viaje por el que día y noche suspiro de la misma manera que, superadas finalmente las dificultades, hoy llevé a término el viaje a pie! Y no se si será mucho más fácil lo que pueda ser realizado por el propio espíritu, activo e inmortal, sin movimiento espacial alguno en un abrir y cerrar de ojos, que lo que ha de llevarse a cabo a lo largo de un periodo de tiempo con el concurso del cuerpo moribundo y caduco y sometido a la pesada impedimenta de sus miembros.

Hay un pico más alto que todos los demás, al que los montañeses llaman “Hijuelo”; por qué, lo ignoro a menos que sea –supongo– para decirlo a modo de antífrasis, como sucede en otros casos, pues más bien parece el padre de todos los montes vecinos. En su cima hay una pequeña planicie; allí, finalmente, exhaustos, nos paramos a descansar. Y puesto que has alcanzado las cuitas que se alzaron en mi pecho mientras ascendía, escucha, padre, las restantes; te lo ruego, dedica una sola de tus horas a leer lo que me sucedió en un día.

Primeramente, alterado por cierta insólita ligereza del aire y por el escenario sin límites, permanecí como privado de sentido. Miré en torno de mí: las nubes estaban bajo mis pies y ya me parecían menos increíbles el Atos y el Olimpo mientras observaba desde una montaña de menor fama lo que había leído y escuchado acerca de ellos. Después dirigí mi mirada hacia las regiones de Italia, a

donde se inclina más mi ánimo; los Alpes mismos, helados y cubiertos de nieve, a través de los cuales aquel fiero enemigo del nombre de Roma pasó, resquebrajando la roca con vinagre, si hemos de creer la leyenda, parecían estar cerca de mí, cuando, sin embargo, distaban un gran trecho de donde yo me encontraba. Suspiré, lo confieso, en dirección al cielo de Italia, visible más bien al ánimo que a los ojos, y me invadió un deseo desmesurado de volver a ver a los amigos y la patria, tal que en ese momento, no obstante, me avergoncé de la debilidad aún no viril del sentimiento hacia ambos, a pesar de que no me faltaba excusa para uno y otro, sostenido con el apoyo de importantes testimonios.

Ocupó entonces mi mente un nuevo pensamiento, que me transportó de aquellos lugares hasta estos tiempos. Así pues, me decía a mí mismo: “Hoy hace diez años que, abandonados los estudios juveniles, marchaste de Bolonia ¡Oh dioses inmortales!, ¡oh sabiduría inmutable!, ¡cuántas y cuán considerables transformaciones he visto en tu modo de vida durante este espacio de tiempo! Omitiré innumerables de ellas, pues aún no me encuentro en puerto, donde pueda recordar a salvo las tempestades pasadas. Llegará quizás el día en que enumeraré todos los hechos en el orden en que sucedieron, con aquellas palabras de tu Agustín a modo de prólogo: “Quiero recordar mis inmundicias pasadas y la corrupción carnal de mi espíritu, no porque las ame, sino para amarte a ti, Dios mío”. En cuanto a mí, ciertamente, todavía me quedan muchos asuntos ambiguos y penosos. Lo que solía amar, ya no lo amo; miento, lo amo pero menos. He aquí que he vuelto a mentir: lo amo, pero más vergonzosamente, con mayor tristeza; finalmente ya he dicho la verdad. Pues así como es: amo, mas lo que querría no amar, lo que desearía odiar; no obstante, amo, pero contra mi voluntad, forzado, coaccionado, con pesar y deplorándolo. Y reconozco en mí el sentido de aquel famosísimo verso: “Odiaré, si puedo; si no, amaré a mi pesar”. No han transcurrido aún tres años desde que aquella voluntad disoluta y perversa, que me dominaba del todo y reinaba en el castillo de mi corazón sin que nadie se lo opusiera, comenzó a verse reemplazada por otra, rebelde y reluctante. Entre ambas se ha entablado desde entonces una lucha agotadora, que tiene como campo de batalla mi mente, por el domino del hombre dividido que hay en mí”.

Así meditaba acerca de los últimos diez años. Entonces comencé a proyectar mis cuitas hacia el futuro, preguntándome a mí mismo: “Si te tocara en suerte prolongar esta vida efímera otros dos lustros y en ese tiempo te aproximarás a la virtud proporcionalmente a cuanto lo has hecho durante estos dos años gracias al combate que tu reciente voluntad sostiene contra la antigua, alejado de tu porfía primitiva, ¿no podrías entonces acudir al encuentro de la muerte a los cuarenta años, aunque falto de certeza, al menos lleno de esperanza, renunciando con ánimo sereno al resto de una vida que se desvanece en la vejez?”. Estos y otros pensamientos parecidos daban vueltas en mi pecho, padre. De mis progresos me alegraba y de mis imperfecciones me lamentaba, así como de la común inestabilidad de las acciones humanas. Parecía haber olvidado de algún modo en qué lugar me encontraba y por qué razón había acudido allí, hasta que, dejadas a un lado mis cuitas, que eran más

apropiadas para otro lugar, miré en torno mío y vi aquello que había venido a ver; cuando se me advirtió, y fue como si se me sacara de un sueño, que se acercaba la hora de partir, pues el sol se estaba poniendo ya y la sombra de la montaña se alargaba, me volví para mirar hacia occidente. La frontera entre la Galia e Hispania, los Pirineos, no podía divisarse desde allí, no porque se interponga algún obstáculo, que yo sepa, sino por la sola debilidad de la vista humana; en cambio se veían con toda claridad las montañas de la provincia de Lyon a la derecha, y a la izquierda el mar que baña Marsella y Aigües-Mortes, distante algunos días de camino; el Ródano mismo estaba bajo mis ojos. Mientras contemplaba estas cosas en detalle y me deleitaba en los aspectos terrenales u momento, para en el siguiente elevar, a ejemplo del cuerpo, mi espíritu a regiones superiores, se me ocurrió consultar el libro de las Confesiones de Agustín, un presente fruto de tu bondad, que guardo conmigo en recuerdo de su autor y de quien me lo regaló y que tengo siempre a mano; una obra que cabe en una mano, de reducido volumen, mas de infinita dulzura. Lo abro para leer cualquier cosa que salga al paso ¿pues, qué otra cosa, sino algo pío y devoto podría encontrar en él? Por azar, el volumen se abre por el libro décimo. Mi hermano, que permanecía expectante para escuchar a Agustín por mi boca era todo oídos. Dios sea testigo y mi propio hermano que allí estaba presente, que en lo primero donde se detuvieron mis ojos estaba escrito: “Y fueron los hombres a admirar las cumbres de las montañas y el flujo enorme de los mares y los anchos cauces de los ríos y la inmensidad del océano y la órbita de las estrellas y olvidaron mirarse a sí mismos”. Me quedé estupefacto, lo confieso, y rogando a mi hermano, que deseaba que siguiera leyendo, que no me molestara, cerré el libro, enfadado conmigo mismo, porque incluso entonces había estado admirando las cosas terrenales, yo que ya para entonces debía haber aprendido de los propios filósofos paganos que no hay ninguna cosa que sea admirable fuera del espíritu, ante cuya grandeza nada es grande.

Entonces, contento, habiendo contemplado bastante la montaña, volví hacia mi mismo los ojos interiores, y a partir de ese momento nadie me oyó hablar hasta que llegamos al pie; aquella frase me tenía suficientemente ocupado en silencio. Y no podía persuadirme de que había dado con ella por azar; al contrario, pensaba que lo que allí había leído había sido escrito para mí y para ningún otro, recordando como antaño Agustín había supesto lo mismo sobre sí cuando, mientras leía el libro de los Apóstoles, según él mismo relata, lo primero que había venido a sus ojos fue el siguiente pasaje: “No en banquetes ni en francachelas, no en lechos ni en actos indecentes, no en los enfrentamientos ni en la rivalidad, mas sumérgete en el señor Jesucristo, y no alimentes la carne en tu concupiscencia”. Lo mismo le había ocurrido previamente a Antonio, cuando escuchó el lugar del Evangelio que dice: “Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres. Después ven y sígueme y alcanzarás un tesoro en el cielo” y como si esas palabras de la Escritura hubieran sido leídas para él en particular, ganó para sí el reino celestial, según cuenta su biógrafo Atanasio. Del mismo modo que Antonio, que cuando escuchó esto, ya no se propuso otra cosa, y al

igual que Agustín, que habiendo leído aquello, a partir de entonces no siguió más allá, así yo también encontré en el breve pasaje citado la razón y el límite de toda mi lectura, meditando en silencio cuán faltos de juicio están los hombres, pues descuidan la parte más noble de sí mismos, se dispersan en múltiples cosas y se pierden en vanas especulaciones, de modo que lo que podrían hallar en su interior lo buscan fuera de sí. Admiro la nobleza del alma, salvo cuando se desvía por propia voluntad, alejándose de sus orígenes, y torna en su desdoro lo que Dios le ha conferido para su honra. ¿Cuántas veces aquel día, mientras volvíamos, piensas que me giré para contemplar la cumbre de la montaña? Me pareció entonces que apenas tenía un codo de altitud en comparación con la altura del alma humana cuando no se sumerge en el fango de la inmundicia terrenal. Este otro pensamiento se me ocurría también a cada paso: “Si no he escatimado tal sudor y esfuerzo para que mi cuerpo estuviera más cerca del cielo, ¿qué cruz, qué prisión, qué suplicio debería espantar al alma cuando está acercándose a Dios, inflamada y a punto de conquistar la cima de la gloria y el destino humano?”. Asimismo, me venía a la mente este otro: “¿Cuántos habrá que no se aparten de este sendero ya por temor a las dificultades, ya por el deseo de comodidades?” ¡Oh, hombre feliz en exceso! Si es que alguna vez ha existido, creo que es acerca de él sobre quien opina el poeta:

¡Feliz quien pudo conocer la razón de las cosas
y a todos los temores y al inexorable hado
sometió bajo sus pies, así como el estrépito del avaro Aqueronte!

¡Oh con cuánto empeño debemos esforzarnos, no en alcanzar un lugar más elevado en la tierra, sino en domeñar nuestros apetitos, incitados por impulsos terrenales!

Entre estos movimientos oscilantes de mi pecho, sin que sintiera lo pedregoso del camino, torné a aquél rústico hostel del que había partido antes del amanecer en lo profundo de la noche; la luna llena se ofrecía a modo de grata bienvenida a los caminantes. Así pues, entretanto, mientras los criados se afanaban en preparar la cena, me marché yo solo a un rincón de la casa, con el fin de escribirte de prisa y a deshora esta carta, para evitar que, si la aplazaba, con el cambio de lugar se transformaran quizá también los sentimientos, apagándose mi deseo de escribirte. Así, ve, mi querido padre, cómo no quiero ocultar a tus ojos nada en mí, pues desvelo escrupulosamente no sólo mi vida entera, sino también cada uno de mis pensamientos; reza, te lo ruego, por ellos, para que errabundos e inestables como han sido durante un largo tiempo, encuentren alguna vez reposo y, habiendo oscilado inútilmente de aquí para allá, se dirijan al único bien, verdadero, cierto e inmutable. Vale.

Malaucène, 26 de abril.

La epístola, compuesta en 1353, aunque fechada en 1336, pertenece a la colección de los *Rerum familiarum libri*, IV, 1, cuyo texto fue fijado en *Le familiari*, según la edición debida a V. Rossi y U. Bosco, Florencia, 1933-1942, vol. I, pp. 153-161 y que he confrontado con la más reciente edición bilingüe de Ugo Dotti, Urbino, 1974. Ambas toman como base la edición de las *Opera*, Basilea, 1581.

Ed. Península: *Manifiestos del Humanismo*. Col. Nexos, Barcelona 2000. Pp. 25-35.

Traducción de María Morrà.

fonte: <http://www.companhiadaescalada.com.br/pt/mais/artigos/relato-de-francesco-petrarca/> ↑
acesso em 11/03/2016